

ACTUALIZANDO UNA EXPERIENCIA

Intentar resumir dos años de experiencia en unas pocas líneas es bastante complicado, pero ahí voy a intentarlo, tal vez no se trata de resumir todo ese tiempo sino simplemente poder transmitir algunas pinceladas importantes.

Compartí este tiempo en Salina Cruz, con la comunidad MIC formada por María Duocastella, Josefina Sarratea y Lágrima Bermejo, y esta experiencia, como laica, me ha ayudado en mi crecimiento personal.



Lo primero que puedo decir, y creo que es lo más fundamental en todo este tiempo, es el sentimiento de normalidad existente en la convivencia. Probablemente mucha gente, con la cantidad de tópicos que hay entorno a la vida religiosa, pensó: ¡Oh, Dios!, vivir con unas monjas, ¡qué horror! ¡qué vida más estricta...etc.! Pero lo cierto es que la experiencia ha sido maravillosamente normal, ¿cómo decir?, como vivir con la familia, con unas amigas, no sé, normal, algo tan normal que, tal vez en los tiempos que corren, sea pedir demasiado, ya que cada vez lo normal se convierte en más anormal.

Y dentro de toda esta normalidad, resaltar en un primer momento la acogida, el hacerme sentir en casa desde que pisé México, primero en el DF, después en Rafael Delgado y por fin en Salina Cruz. En las tres comunidades de México he tenido el mismo sentimiento de acogida y cariño.

Llegar de un mundo diferente y empezar a adaptarte en un mundo como el de Salina Cruz, con una cultura tan diferente a la propia fue algo que se dio poco a poco, pero en ese proceso, el apoyo incondicional de la comunidad fue un pilar importante.

Ellas me abrieron las puertas a un nuevo mundo, y no sólo en el sentido literal de la palabra al estar en México, sino al mundo en el que ellas estaban insertas: el mundo de la pobreza, de la desestructuración familiar, del desorden establecido, del alcoholismo, de la explotación laboral, de la falta de educación y

de salud... etc. Y con su testimonio de entrega en la misión me enseñaron una manera de hacer y de estar con la gente del pueblo. Cada día ha sido una lección de paciencia, esperanza, fe, capacidad de trabajo, acompañamiento...



También han sido un testimonio de fidelidad a la oración, cómo cada día, cada día, lo primero, antes de empezar el trabajo, era guardar su tiempo a estar con Dios. Mientras, yo dormía plácidamente. Esto en ocasiones me daba mucho que pensar y fue, en los últimos meses, en los que me planteé el levantarme antes, un día a la semana, para compartir mi oración con ellas.

Pero esto es un ejemplo sencillo del respeto que he sentido en todo momento, cómo se me dejó ser como soy, cómo se me fue invitando a convivir con la comunidad en algunas cosas comunitarias y cómo en ocasiones yo quedaba al margen por tratarse de cuestiones de su Congregación. Yo siento que encontramos un buen equilibrio en la relación y en el saber respetar nuestras diferencias a nivel vocacional, y a nivel generacional también, puesto que existe una considerable diferencia de edad entre la media de la comunidad y yo.

Este respeto existente me dejaba un sentimiento de libertad, sintiendo que, dentro de un orden, he podido hacer según mis propias decisiones. Siento que en general nos hemos complementado bastante bien, resaltando siempre y en todo momento lo bueno de la convivencia, pero cada una aportando lo que sabe hacer y lo que sabe ser. Me sentí cuidada en las ocasiones en que me hizo falta y también sentí que me dejaban estar, hacer y ser en las ocasiones que también me hizo falta.

El trabajo de pastoral del equipo estaba centrado en la vida de las personas de la parroquia. Una parroquia ubicada en una zona alejada del casco urbano, estando formada por diversas colonias, en su mayoría colonias con una población de escasos recursos, trabajo inestable, sin seguros médicos, sin

estudios básicos, y con unas relaciones familiares complicadas: madres solteras, madres abandonadas, familias con muchos hijos y muy pocos recursos, padres desobligados de la tarea de atender a los hijos, ni económica ni filialmente, mujeres maltratadas, padres engañados por sus esposas, abandono escolar, niñas-madres... en fin de lo más variado, y casi siempre 'adornado' con el abuso del alcohol.

Lo que más me impresionó del trabajo de la parroquia y hacia el que trabajaban y vivían y se desvivían la MIC era el estar con las personas que vivían situaciones complicadas y buscar recursos que fueran sostenibles a largo plazo, no soluciones inmediatas. Por ello todo el trabajo entorno a algo tan básico como el fortalecimiento de la familia fue algo en lo que se trabajó mucho en esos años. Muchos talleres, de padres e hijos y el trabajo pastoral encaminado a asentar las bases para educar la célula básica de la sociedad.

En los años anteriores hubo mucho trabajo de lucha social para cubrir las necesidades básicas de la población, de exigencia de respeto a los derechos humanos de las personas que vivían en Salina Cruz y la Iglesia estuvo acompañando. Cuando yo llegué quedaban los coletazos de la lucha social y el trabajo en derechos humanos se hacía ya no tanto desde la propia parroquia, como desde una organización de la que eran miembros muchas personas de la parroquia y de otras parroquias de Salina Cruz. Fue en esa organización: Tequio Jurídico, A.C. desde la que me integré en la defensa de los DDHH Laborales: en el área de capacitación acompañando a los defensores populares, personas sencillas que se formaban para formar en sus colonias sobre lo más básico de los derechos de los trabajadores.

La desintegración de las relaciones familiares y el dolor de las familias que se vivía desde diferentes situaciones fue lo que les hizo la llamada a trabajar desde los más íntimo de las colonias. Un trabajo que requiere muchísimo tiempo de acompañamiento personal y escucha y observación y bueno intentar saber dar a cada quien lo que necesita.

Existía mucha coordinación en el equipo MIC Salina Cruz y se evaluaba el trabajo de manera sistemática. Me gustaba que también guardáramos momentos para retiros y también momentos lúdicos. Creo que todo estaba muy equilibrado.

Me sentí muy apoyada en todo el trabajo que me delegaron, el acompañamiento al Sector Hugo Mayoral y a la pastoral Juvenil.

Por último y definitivo creo que entre nosotras ha nacido un vínculo muy especial; yo ya las siento muy más, como mi familia, me alegro con sus alegrías, y me entristezco con sus pesares. El convivir con cariño y respeto hace germinar un amor especial y todo esto que he vivido con ellas en este tiempo y con el resto de la gente de Salina Cruz, hace que yo sienta ahora que ya no soy la misma mujer que llegó en octubre del 2003 a México con la idea de vivir una experiencia de misión, con el corazón y mente abierta a lo que Dios quisiera, siento que Dios me ha ido modelando y tocando el corazón y puedo decir que siento un profundo agradecimiento a la comunidad, y desde luego, a todo el Instituto por permitir que se den este tipo de experiencias y ¡ojalá muchas otras personas puedan vivir una experiencia como ésta!

MUCHAS GRACIAS.

M^a Pilar Garay Toboso